

2

Augusto Orrego Luco

J. M. CHARCOT

IMPRESA BARCELONA

Augusto Orrego Luco

J. M. CHARCOT

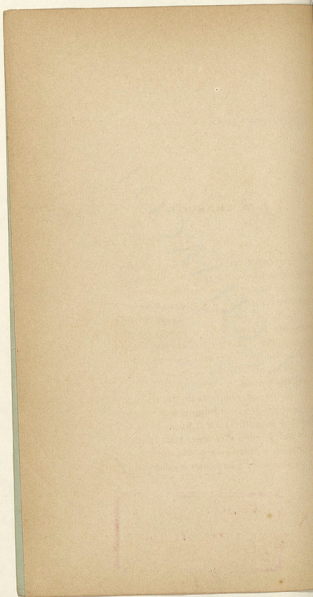
Seminario
ENRIQUE MATTA VIAL
Biblioteca Nacional
— Santiago —

IMPRENTA BARCELONA

SECCION

CAT. DE EDICION

B



J. M. CHARCOT

Lo que caracteriza la grandeza de las obras de la naturaleza y del arte, es que conservan sus grandes cualidades desde cualquier punto de vista que se presenten delante de nosotros. Sólo es verdaderamente grande y bello lo que no se empequeñece cuando cambiamos nuestra situación al observarlo. Sólo es grande la personalidad que resiste á esa dura y exigente prueba.

Son pocos los nombres de los investigadores y sabios contemporáneos franceses que escribiríamos al hacer la lista de los que pueden atravesar triunfantes esa prueba, y entre esos pocos nombres, que en su mayor parte han sido de mé-

dicos ilustres, tendríamos que escribir el de Charcot, al lado del de Cuvier, de Trousseau, de Velpeau, Dupuytren, Ricord y Claudio Bernard.

Hay muchos otros que en un terreno limitado han podido brillar tal vez como ellos, pero al salir de ese terreno se oscurecen. Ha habido muchos cirujanos que en la sala de operaciones podían rivalizar en destreza con Velpeau; muchos médicos que al lado de un enfermo podían desplegar la misma sagacidad de observación que Trousseau; muchos experimentadores y hombres de ciencia que podían rivalizar con Cuvier y con Bernard; pero todos ellos sólo eran sabios, ó sólo eran cirujanos ó sólo poseían esa parte mecánica del arte que reduce el artista á un operario.

Cuando Cuvier escribe, su pluma se levanta á la altura de los grandes estilistas de su lengua; cuando Trousseau habla, ruedan sus frases amplias y sonoras con la misma majestad solemne con que se extienden las frases de Bos-

suet; cuando Ricord se detiene, escribe esas *Cartas sobre la Sífilis*, que en finura epigramática, en risueña ironía y en fuerza de lógica están al nivel de las famosas Cartas de Pascal. Esos grandes sabios eran también grandes artistas, grandes caracteres, grandes en la idea y en la acción, grandes siempre en el terreno á que sus poderosas facultades se aplicaban.

Charcot era hombre de esa raza.



Charcot nació á fines de 1825, en el seno de una humilde familia de provincia, en medio de la atmósfera más apropiada para dar desarrollo á sus fuerzas de trabajo y despertar con energía todas las aspiraciones de su espíritu.

Era tan modesta la situación de esa familia que, según dice Bourneville, Charcot le contó que siendo imposible á su padre hacer que sus tres hijos siguieran profesiones liberales, les dijo

un día: «No puedo sufragar los estudios de todos Vds.; el que haya trabajado más á fines del año escolar continuará su profesión. Otro será soldado y el otro será carroceros como yo.» Así se hizo, Charcot salió mejor en sus exámenes.

Esos hogares á que da vida el trabajo incesante de los padres, que tocan á las comodidades de la fortuna y oscilan sobre un incierto porvenir, tienen siempre para un espíritu vigorosamente organizado, horizontes extraños en que brillan las más alentadoras y locas ambiciones.

Ahí se siente todo el poder de un hombre: todo es obra suya; es el resultado de su trabajo y de su esfuerzo personal. Vienen de abajo, abriéndose lentamente el áspero camino de la vida. Si el esfuerzo que eleva á la familia, que la sostiene y le da vida, queda paralizado, todo se hunde, y el hogar hecho pedazos cae en la fría y dura oscuridad pasada. Pero, si un nuevo esfuerzo llega, si el hijo recoge la herencia del padre, hace suyo el camino recorrido y principia la jornada

hacia arriba desde el punto á que el esfuerzo del padre lo ha llevado, entonces ¿á dónde alcanzará? ¿qué vendrá á detenerlo en la carrera abierta á sus ambiciones juveniles?

Formado en ese hogar de trabajo, con la vista fija en esos fascinadores horizontes, el hijo y el nieto de esos carroceros de provincia, cuyo negocio prosperaba en París, aspira al desarrollo de su vida en un nivel intelectual más elevado. Siente dentro de sí mismo la inquieta y sorda vibración de un sentimiento artístico, y dejándose llevar por esa primera manifestación de una vigorosa estructura intelectual, cree que su porvenir está en el arte, sueña con ser pintor, se entrega á ese estudio con ardor, hasta que siente que es otro el destino de su vida ó hasta que el calculador positivismo de su hogar lo arrastra á otro camino.

Por una ironía de la fortuna—acaso más aparente que real—al cambiar de rumbo en el camino de su vida, ese jo-

ven artista, contemplador de la belleza, se entregó al estudio de las deformidades humanas. Pero hay un lazo secreto que liga esas grandezas y miserias; hay un modo de ser intelectual que se adapta sin esfuerzo al estudio de una u otra de esas dos faces de la medalla humano, que hace que Herder y Schiller principien por ser médicos y que Ricord y Charcot principien por ser artistas.

De todos modos, estudiando el dibujo y la pintura había aprendido Charcot la observación, había adquirido una forma de expresión de que sacaría más tarde gran partido, y aprendido también a apreciar la ingenua sinceridad con que los grandes artistas siempre copian los detalles de la naturaleza humana en sus trabajos. Eso lo debía utilizar más tarde como médico, para hacernos ver que en los antiguos cuadros no se hallan solamente documentos que nos prueban, por ejemplo, la existencia de los fenómenos históricos, sino también nos descubren

síntomas que habían escapado á las observaciones de los médicos.

No podemos seguir á Charcot durante el curso de su vida de estudiante, que debemos suponer desordenada y laboriosa, como la de todos los espíritus de tendencias originales acentuadas, refractarios siempre á un desarrollo metódico y trazado de antemano.

Sólo sabemos que en 1848 entró como interno en una sala de hospital, y que en 1853 se recibió de médico y entró como ayudante de una clínica, datos que por sí solos nos revelan que no marchó rápida y regularmente en sus estudios. Á eso podemos añadir que daba lecciones privadas para aliviar los gastos que su educación imponía á su familia.

En sus lecciones,—en que Charcot se ha mostrado excepcionalmente parco en alusiones personales,—sólo recordamos haber encontrado una que se refiere precisamente al período de su vida que tocamos.

Hablando en 1872 sobre las perturbaciones tróficas consecutivas á las lesiones de los nervios, decía: «Allá por el año 1847, cuando yo me ensayaba, en el laboratorio de mi excelente maestro Martín Magrón, en un estudio que mi sensibilidad respecto de los animales debía hacerme bien pronto abandonar, he podido comprobar por mí mismo la persistencia casi indefinida de la contractilidad eléctrica de los músculos correspondientes, después del arranque del facial.»

Las palabras de Charcot que acabamos de citar, nos dejan entrever el camino ondeante que seguía su dirección intelectual y un rasgo tiernamente delicado de la exquisita sensibilidad de su carácter.

Era esa la época en que Claudio Bernard ejercía una poderosa y viva fascinación en los espíritus con trascendentes experiencias, que parecieron por un momento predestinadas á transformar las ciencias médicas. Charcot debió ex-

perimentar el deslumbramiento de ese genio y arrojarle en el nuevo camino abierto á los estudios. Todo eso era lógico, como era lógico también que en su camino se levantara, como una valla insalvable, la delicadeza de sentimientos, que en su reciente vida artística había cultivado con esmero.

Otra página de Charcot que nos permite proyectar alguna luz sobre su desarrollo intelectual, es la tesis que presentó en 1853 para graduarse de doctor en medicina. Era un estudio sobre la gota asténica primitiva, las nudosidades articulares y el reumatismo articular crónico. En esa Memoria, Charcot ya se revela con un espíritu original y poderoso, con un soberbio desdén por las opiniones que sólo tienen por base la tradición y la rutina; pero, sobre todo, lo que esa Memoria nos revela es la tendencia anatomo-patológica que el autor ha seguido en sus estudios.

Era esa la época, más ó menos, en que los trabajos de un profesor alemán,

ya muy conocido y prestigioso de un lado del Rhin, comenzaban á llamar la atención en la ribera opuesta, y en que el nombre de Virchow principiaba á sonar como el de un gran reformador.

En sus estudios literarios, Charcot había adquirido el conocimiento del inglés y el alemán, y ese trabajo destinado á apreciar en todos sus detalles el valor artístico de Shakespeare y de Goethe, lo utilizó entonces para conocer los trabajos de Garrod y de Virchow, que sirvieron de base á su Memoria y trazaron un nuevo rumbo á sus estudios.



Tres años después, en 1856, Charcot entra como médico en la Oficina Central de los hospitales de París. Cuatro años más tarde, en 1860, se presenta como profesor agregado á la clase de anatomía patológica.

Han transcurrido siete años desde que se recibió de doctor y presentó la Me-

moría en que acentuaba sus tendencias anatomo-patológicas, y debemos presumir que esa nueva dirección de su espíritu se ha sostenido todavía, puesto que lo vemos aspirar á la enseñanza universitaria de ese ramo, nueva dirección en que aun persiste en 1872, en que fué nombrado profesor titular de aquella cátedra.

Pero, entretanto, un horizonte nuevo se ha ido abriendo lentamente al joven profesor. En 1862 había sido nombrado médico de la Salpêtrière, y desde esa época las enfermedades nerviosas van poco á poco despertando el interés y absorbiendo la atención del profesor de anatomía. De tal modo que, por una curiosa coincidencia, precisamente el año 1872, en que fué nombrado profesor titular de anatomía patológica, es también el año en que aparecen sus primeras lecciones clínicas sobre las enfermedades del sistema nervioso, lecciones que han sido traducidas á todos los idiomas europeos y que uno de sus grandes émulos

alemanes, Eulemburg, declara que hacen época en la ciencia.

Pero aun en esos años no era definitiva y clara la dirección de sus estudios.

Al inaugurar sus lecciones en 1872, decía Charcot:

«La afluencia hoy de un auditorio más numeroso que el ordinario, me parece una prueba convincente que no me he engañado al pensar hace cinco años, que este gran *emporium* de las miserias humanas en que nos encontramos reunidos, podrá llegar á ser un día el asiento de una enseñanza teórica y clínica verdaderamente útil.

«Sin duda, señores, que el campo de observación que se nos abre, no abraza la patología entera; pero ¿acaso por eso no es bien vasto? Por una parte, nos permite estudiar las afecciones de la edad senil, que merecen que nos detengamos en ellas algún tiempo. *En segundo lugar*, entre las afecciones crónicas nos presenta reunidas en gran número y en condiciones especialmente favorables para el

estudio, las enfermedades del sistema nervioso y locomotor, tan comunes y, por consiguiente, tan interesantes para el médico, enfermedades cuya patología sólo desde hace una veintena de años ha principiado a desprenderse de la obscuridad profunda en que había estado sumergida.

«En cuanto á mí, señores, nunca he dudado que el hospicio de la Salpêtrière llegará á ser para las enfermedades de los viejos y para muchas enfermedades crónicas un centro de instrucción incomparable... Cuando se agrupen los elementos de estudio y se organicen de modo que puedan servir para la investigación científica y la enseñanza clínica, no vacilo en decir que tendremos en París una institución que en su género no puede tener rival. Espero tener luego la fortuna de ver realizado ese plan en todas sus partes. Pero si circunstancias que nada hacen presagiar me llevasen á otro lugar, sería para mí una viva satisfacción ver á mis sucesores coronar el

edificio cuyos cimientos sólo me habría sido posible construir.»

Hasta la llegada de Charcot á la Salpêtrière, ese hospicio obscuro sólo había servido de asilo á las enfermedades crónicas de las mujeres: iban allí á refugiar-se los enfermos reputados incurables y aguardar tranquilos la hora en que la muerte viniera á poner término á sufrimientos que la ciencia, desesperada é impotente, abandonaba á su suerte.

En un rincón de aquel hospicio pasó Charcot cinco años de su vida, acumulando lenta y laboriosamente los elementos de la enseñanza que inaugura en 1867.

Son éstos, cinco años de un trabajo incansante, en que las investigaciones se suceden unas á otras sin cesar, en que por todas partes encontramos las huellas de su pluma infatigable.

Lentamente el prestigio y el nombre de Charcot van abriéndose camino, en medio de las dificultades que rodean á los que buscan su elevación en el esfuerzo honrado, y se entregan sin vacilación

y sin temor á la noble y alentadora convicción de que una justicia suprema domina los accidentes de la vida, impone al mérito y recompensa el sacrificio.

Lentamente van reconociendo los médicos franceses la superioridad del laborioso profesor; lentamente se van abriendo en su camino, unas tras otras, las puertas de los institutos oficiales. Transcurren más de veinte años desde el día en que se presenta como miembro de la Sociedad de Biología hasta el día en que se incorpora como miembro de la Academia de Ciencias de París.

Hay una resistencia sorda, inevitable y poderosa en su camino; tanto más fuerte cuanto mayor es el prestigio de los que enseñan á su lado, y esa resistencia sólo puede caer hecha pedazos por la enérgica adhesión de las nuevas generaciones que se forman, por el éxito indiscutible que alcance personalmente en la clientela del hospital y la ciudad, y por el prestigio que le den los profesores extranjeros. Todo eso era ló-

gico y fatal. Todo eso estaba en el fondo inalterable de la vida humana, y con todo eso debió contar Charcot al lanzarse en el camino que seguía.



Ya hemos dicho que Charcot era un espíritu profundamente original y vigoroso, que seguía caminos nuevos en la ciencia, abandonando con desdén la diferencia los senderos de las tradiciones consagradas.

Las doctrinas más seductoras y brillantes, las teorías más prestigiosas y aceptadas; todo eso que se incrusta en el espíritu de una escuela, que forma la base de un modo de pensar, que representa los esfuerzos de muchos años y de muchos hombres, que es la tradición, la gloria y el orgullo de una Universidad, que se defiende y se quiere como un viejo patrimonio; todo eso no vale nada para Charcot; se hunde en la historia de los viejos errores desde el día en que un

hecho viene á descubrir el vacío de esas hipotéticas construcciones del espíritu.

Procediendo así, se va al encuentro del porvenir, pero indudablemente también se provoca la tenaz y rabiosa resistencia del pasado. Se dicen cosas nuevas, pero son cosas extrañas, que suenan como temerarias herejías á los oídos habituados á los dogmas oficiales.

Comprendemos el silencio con que oyó la Sociedad de Biología, como dice Bianchón, al hombre que hizo en 1877 la comunicación célebre en que reveló el método para el estudio de las localizaciones cerebrales. En esa comunicación, Charcot hace tabla rasa de las doctrinas oficialmente consagradas sobre las funciones del cerebro, doctrinas á que se ligaban los nombres venerados de Flourens y de Bernard, y ni siquiera, al volver la espalda á ese pasado, que la escuela francesa miraba con orgullo, creyó necesario concederle los honores de una discusión. Tomó por base la idea opuesta, que se desprende de los estudios de Turner y

Ferrier, dos médicos ingleses, y señala cuál es el camino que se debe seguir en clínica para aplicar al cerebro humano los resultados experimentales del cerebro de los otros animales.

Años más tarde, en esa comunicación célebre, uno de sus biógrafos verá una prueba evidente de su genio; pero entonces era natural el silencio helado, era esa la manifestación más respetuosa y benévola del escándalo de las opiniones tradicionales que él hería.

Pero había algo más en la enseñanza de Charcot. En su resuelto empeño en llegar á la verdad, con rara elevación de espíritu supo sustraerse á la perturbadora atmósfera del amor propio nacional, utilizando todos los elementos de la ciencia, cualquiera que fuese la nacionalidad de que vinieran.

Rara energía de carácter se necesitaba para comentar los estudios de los profesores alemanes en una cátedra francesa, cuando todavía humeaban los mortificantes escombros de la guerra, y Charcot

tuvo esa noble entereza en el cumplimiento de sus deberes de maestro, haciendo justicia á la ciencia que cubría una bandera odiosa para sus sentimientos de patriota.

Esa enérgica y audaz afirmación de la verdad y de la justicia, en una época dominada por el vértigo rabioso del despecho, debía lógicamente despertar en contra suya ágrias y mordaces resistencias.

Pero era ese el camino que había que seguir y que tarde ó temprano llevaría al éxito final, á la consagración práctica de esa verdad consoladora que nos muestra á la fortuna inevitablemente atada al mérito, siguiéndolo como la sombra sigue al cuerpo: — detras, invisible, mientras llega á la cima; visible, delante, á sus pies, cuando ha llegado á la cumbre.

Si esas innovaciones de doctrina despertaban las peligrosas resistencias de la enseñanza consagrada, atraían, en cambio, á las generaciones nuevas, despertaban su fácil entusiasmo y le dejaban entrever nuevos caminos, todavía

no explorados y que abrían delante de sus ojos un fascinador horizonte á su ambición.

Veían ilustrarse á los que seguían su enseñanza; los veían descubrir hechos nuevos; enfermedades nuevas; escribir sus nombres en las tablas inmortales de la ciencia. Era, pues, natural que una juventud brillante se agrupara al rededor de Charcot, que le llevara su entusiasmo por el trabajo, su fe ardiente en la persecución de lo desconocido, se asociara á su obra, lo cubriera de prestigio y sostuviera en su lucha.

Pero sería desconocer la naturaleza humana creer que sólo ese interés,—aun cuando sea la forma más noble del interés,—pudiera bastar para atraer al rededor de la cátedra de Charcot á la juventud médica de todos los países europeos.



El atractivo fascinador de la enseñanza de Charcot era el resultado propio de

un rasgo peculiar de esa enseñanza.

Charcot no era sólo un admirable expositor de los hechos conocidos, un clasificador de un método asombroso, un espíritu original y fecundo; era además, y era sobre todo, un observador que estaba constantemente haciendo ver á sus discípulos que, mirando con atención los hechos más conocidos, más vulgares, se encontraba en ellos rasgos nuevos; que no había necesidad de grandes estudios y grandes laboratorios para descubrir fenómenos de un interesante valor práctico; que bastaban la voluntad y una perseverante observación para dar en todos los problemas de la clínica graves lecciones á los más arrogantes depositarios de la ciencia.

La ciática, por ejemplo, era un hecho de observación vulgar y, sin embargo, no se había observado la escoliosis que acompañaba á esa neuralgia, ni se había observado tampoco otro fenómeno, que no es excesivamente raro, y que consiste en la atrofia aislada de un grupo muscu-

lar, siempre el mismo, de las extremidades inferiores.

Para enseñar todo eso, que en la práctica importa mucho conocer por el significado pronóstico que envuelve, no se necesitaban grandes laboratorios ni aparatos; bastaba tener método en el examen y levantar la ropa que cubría al enfermo.

A cada paso encontramos en la práctica parálisis faciales y, sin embargo, ha sido Charcot el primero que ha venido á señalarmos un error de diagnóstico verdaderamente sorprendente, en que una inverosímil superficialidad de examen había hecho caer á todos los observadores anteriores. Charcot nos enseñó que un número considerable de esas pretendidas parálisis eran todo lo contrario, eran contracturas.

Y así, en el estudio de los hechos diarios, de la observación vulgar, iba Charcot á cada paso probando á sus discípulos que la ciencia no se cernía sobre ellos á una altura inaccesible, que sus conquistas no estaban reservadas solamente á

los que podían disponer de grandes recursos, inmensos laboratorios y un tren suntuoso de auxiliares, sino que era el patrimonio de la inteligencia y el trabajo.

Empujado por esa serie de fuerzas que se van lentamente acumulando; sostenido por el brillo de sus descubrimientos y sus triunfos en la práctica; apoyado por sus discípulos que han llegado á ser maestros; aplaudido por los que de lejos lo observan con la imparcialidad de la distancia, llega al fin Charcot á la cima á que aspiraba; llegan para él los días de la gratitud y de la gloria.



El reconocimiento oficial es el último que llega. Sólo en 1882 fué nombrado profesor de clínica de enfermedades nerviosas.

Ya en 1881 recuerda Daremberg, que en el Congreso internacional celebrado en Londres, en el Palacio de Cristal, entre las piezas¹ de artificio, aparecieron

las tres figuras de Pasteur, Virchow y Charcot.

El brillo de su enseñanza ya era irresistible; su prestigio ya era universal. «A las lecciones que da Charcot regularmente dos veces por semana en la Salpêtrière, asisten de 500 á 600 oyentes, dice Eulenburg en un artículo biográfico, entre los cuales se encuentra un número muy considerable de médicos de todos los países civilizados, á muchos de los cuales sólo lleva á París el exclusivo interés de seguir las clases de Charcot.»

Al inaugurar ese año sus lecciones clínicas decía Charcot:

«Ustedes saben, señores, cómo al fin nuestros votos se han realizado más allá de lo que esperábamos. Porque en este momento vengo en nombre de la Facultad de Medicina de París á continuar una enseñanza nacida, hace cerca de 17 años, de la iniciativa individual.

«Al inaugurar hoy, no sin una emoción real que confieso, la cátedra de clínica de las enfermedades del sistema nervio-

so, mis primeras palabras serán la expresión de mi gratitud para los que la han creado y me la han confiado. Doy las gracias á la Cámara *que ha tomado la iniciativa del proyecto*; al Ministro de Instrucción Pública, que lo ha acogido; á mis colegas de la Facultad, que, consultados sobre la oportunidad de la creación, han dado un veredicto favorable, haciéndome con eso una manifestación de estima que me conmueve profundamente.»

El antiguo hospicio de la Salpêtrière se presentaba entonces transformado; todas las instalaciones modificadas; se había establecido la consulta exterior, un servicio de admisión temporal.

«Ahora poseemos, añadía Charcot, un museo anatómo-patológico que tiene adjunto un taller de amoldamiento y de fotografía; un laboratorio de anatomía y de fisiología patológica, bien arreglado y que contrasta singularmente con la sala estrecha y mal alumbrada, único refugio que hemos tenido á nuestra

disposición, mis alumnos y yo, durante cerca de quince años y que llamábamos pomposamente *el laboratorio*; un gabinete de oftalmología, complemento obligado de un instituto neuro-patológico, el anfiteatro de enseñanza en que tengo el honor de recibirlos y que está provisto, como ustedes ven, de todos los aparatos modernos de demostración.

«Poseemos, en fin, un servicio ricamente dotado de todos los aparatos necesarios para la práctica del electro-diagnóstico y de la electro-terapia, y en que numerosos enfermos vienen tres veces por semana á recibir cuidados apropiados á su estado.

«Ustedes ven cuántos medios de estudio han sido liberalmente puestos en nuestras manos. Ahora nos toca utilizarlos. En cuanto á mí, aun cuando haya llegado á esa época de la vida en que el horizonte principia á limitarse, espero tener bastante fuerza y bastante fe para no flaquear en la tarea.»

No era posible, dentro de las formas

discretas, dentro de las obligadas reticencias del lenguaje oficial, vengar ese abandono del pasado de una manera más hiriente. Brota una agria queja del paralelo, hecho al pasar, entre lo que había sido y lo que era entonces la instalación de la Salpêtrière; hay un mudo reproche en ese recuerdo de ceremoniosa gratitud á la Facultad de Medicina, que no había tenido más que una intervención muy subalterna en la creación de aquella cátedra, que en realidad era el más sólido apoyo del prestigio médico de Francia.

Pero si el lenguaje de las ceremonias oficiales no permitía nombrar al hombre que había tenido en realidad la iniciativa, y con elocuente indignación había hecho sentir á sus colegas de la Cámara todo lo que había de triste y vergonzoso en que los médicos extranjeros viniesen á aprender á conocer las enfermedades nerviosas en la escuela de la Salpêtrière, y los médicos franceses tuvieran que ir al extranjero para aprender á conocer las glorias médicas de su patria; si las

conveniencias impusieron á Charcot el silencio, no pesa sobre nosotros el deber de la misma reticencia. El que había comprendido á Charcot y en nombre de la Francia le había dado con prodigalidad los recursos necesarios para llevar adelante sus estudios; el que había convertido la obra aislada de un hombre en obra de una nación, y hecho que se confundieran los sacrificios de un profesor con los sacrificios de un pueblo, y hecho que la Francia colaborara con sus instrumentos, sus recursos, á la obra á que Charcot contribuía con su genio; el que había hecho aquella obra hábil de cálculo y justicia, de reparación y de gloria, fué Gambetta.

Es para nosotros un deber escribir el nombre de Gambetta al recordar el brillante engrandecimiento de la Salpêtrière; pagar con un homenaje los servicios que él ha prestado á las ciencias médicas, y manifestar con nuestra gratitud la solidaridad que liga á todos los que viven consagrados al estudio de la cie-

cia y dispersos en toda la superficie de la tierra.



Cuando llegan los días del esplendor y de la gloria y el profesor se encuentra colocado en la cumbre de la ciencia y con un inmenso poder entre sus manos, llegan también para Charcot los días de la prueba reveladora que va á ponernos de relieve los pliegues más delicados y más íntimos de su personalidad moral. Mejor que la embriaguez del vino, nos descubre la embriaguez del éxito el fondo obscuro de un carácter. Vemos entonces cuál era el móvil que lo impulsaba á la lucha en realidad, cuál era el culto secreto á que llevaba sus sacrificios como ofrenda. La arrogancia del éxito no puede someterse á esas mortificaciones humillantes de toda hipocresía; la fortuna arranca todas las caretas.

La personalidad moral de Charcot, sometida á esa dura prueba, se eleva, se

engrandece y se envuelve en una aureola de nobleza y simpatía.

Ya hemos dicho que estaba en el carácter peculiar de la enseñanza de Charcot manifestar á cada paso que los descubrimientos científicos no eran el privilegio de los grandes recursos y de las altas situaciones; que bastaba observar con atención, con sinceridad, con un espíritu tranquilo para descubrir rasgos nuevos aun en medio de los hechos más vulgares, y colaborar de una manera eficaz al desarrollo de la ciencia.

Aprovecha Charcot todas las oportunidades para difundir esta idea alentadora; no descuida ni siquiera los detalles incidentales y pequeños que de una manera indirecta la pueden acentuar.

Al hablar de la parálisis agitante, por ejemplo, conocida en la ciencia con el nombre de enfermedad de Párkinson, hará contrastar la serie de trabajos voluminosos consagrados á su estudio y las exiguas dimensiones del opúsculo en que el médico inglés, que ha dado su

nombre á esa enfermedad, por primera vez la dió á conocer al mundo médico. Unas cuantas observaciones sumarias, un examen tranquilo de los hechos, unas cuantas páginas, he ahí todo, y eso basta; eso es la gloria, y será la inmortalidad.

Los que salen de esa enseñanza universitaria y se ven arrastrados, por las exigencias inexorables de la vida, al fondo de una provincia lejana, no se sentirán ya condenados á una esterilidad desesperante. Sobre el espíritu del médico de aldea no pesará ya la mano implacable del desaliento que sofocaba su ambición. El recuerdo de Párkinson brillará como una esperanza alentadora en el fondo de ese oscuro abandono. Esa idea profundamente impulsiva á que se ha atribuido el secreto de las grandes victorias napoleónicas; esa idea de que todos los soldados llevaban en su mochila el bastón de mariscal y que podían, con su esfuerzo, levantarse hasta las cimas más altas y ambiciosas, es también

la idea que Charcot difunde y hace vivir en torno suyo.

Pero él ha vivido esa vida oscura. Él sabe que esa alentadora convicción no basta; que hay horas de desaliento mortal en esa lucha, cuando los esfuerzos fatigosos, agotadores y aislados no encuentran ni siquiera una palabra de aliento, ni siquiera un eco de simpatía cuando se siente que los resultados de tantos sacrificios y tantos esfuerzos están condenados á hundirse en el olvido, ¡quién sabe hasta cuándo! para aguardar tan sólo una reparación tardía y lejana.

Charcot había conocido las durezas de esas situaciones abrumadas. Había tenido que ganar su vida como médico y consagrar su tiempo al estudio; que asistir esa clientela diseminada, pobre y exigente, de un médico que principia, que trabajar durante casi todo el día en las salas de la Salpêtrière, en medio de las dificultades y molestias materiales de la falta de laboratorio, de instrumentos, de auxiliares y hasta de alentados.

simpatía. En esos largos días de lucha oscura y solitaria, en un rincón de aquel inmenso hospital, aprendió á estimar el valor moral, la eficacia inmensa de una palabra de aliento, y no olvidó esa lección cuando se encontró grande, poderoso, en medio del esplendor del éxito y la gloria.

A cada paso lo vemos en sus lecciones citar trabajos de hombres desconocidos hasta entonces; poner sus méritos de relieve; elevarlos á la altura brillante de su cátedra y cubrirlos con su imponente autoridad.

Más aún, para poner de relieve el mérito, Charcot afronta situaciones difíciles, compromete su prestigio haciendo causa común con hombres y doctrinas á que el ridículo parecía inscrustado.

Recordábamos en un artículo anterior, tratando de acentuar este generoso rasgo del carácter de Charcot, la historia del hipnotismo y de la metaloterapia.

«Bureq, decíamos, había publicado desde 1849 una serie de estudios sobre la

acción de los metales que habían quedado relegados á la obscuridad y al olvido, hasta que el tenaz y mal afortunado experimentador, cerca de treinta años después de aquella fecha, encontró á Charcot en su camino. Charcot lo oyó, y prescindiendo de la atmósfera que condenaba á Bureq en nombre de preocupaciones tradicionales, sometió sus ideas á un criterio experimental. Vió lo que había en ellas de exacto y le prestó su apoyo.

«Más grave todavía fué la situación cuando se trató del hipnotismo, cuyos fenómenos habían sido, hacia ya muchos años, más de veinte años, estudiados en trabajos predestinados á la burla y al desdén. Charcot estudió los fenómenos, descubrió las leyes á que obedecía el hipnotismo, y arrostrando una situación comprometente, obligó al mundo científico á estudiar con atención los viejos trabajos relegados al desdén y á hacer justicia al mérito desconocido y obscuro.

«Todo un orden de hechos nuevos se

descubría bruscamente, y junto con ellos un nuevo procedimiento terapéutico que colocaba al médico en condiciones de realizar y de explicar las más asombrosas leyendas de las curaciones milagrosas. Con la aparición del hipnotismo, el milagro perdió sus misterios y la ciencia penetró á alumbrar con su tea la región de lo maravilloso.

«No estamos tan lejos de esos tiempos que no podamos sentir nosotros mismos todo el coraje moral, que es necesario, para comprometer una situación en defensa de ideas, que estaban aparentemente, en la más chocante y abierta contradicción con las creencias que dominaban el mundo científico.»

Si Charcot ponía tan noble entereza para defender las pequeñas conquistas de hombres que le eran completamente extraños, se comprende todo el ardor que desplegaba para hacer que se hiciese justicia á sus discípulos.

«Á disposición de ellos, dice uno de sus biógrafos, se puso siempre todo en-

tero, ayudándolos con su propia experiencia y con su ciencia, dejándolos aprovechar libremente de todos los recursos de su biblioteca, más rica, bajo el punto de vista de las enfermedades del sistema nervioso, que la de la Facultad; apoyándolos, en fin, con su alta autoridad en toda circunstancia, con una afabilidad y una gracia encantadoras.

No podía hacer Charcot un uso más noble de la poderosa influencia que la fortuna había puesto entre sus manos, ni poner de relieve con más brillo la nobleza del objeto que en su larga lucha había perseguido, y la grandeza moral de su carácter.



Y elevándose á esa altura, se comprende que tras de sí no haya dejado solamente sus trabajos, sino algo más: una escuela, en que se ha formado una legión de grandes profesores: Bouchard, Cornil, Strauss, Hayem, Debove, Jofroy,

Ball, Pitres, Pierre Marie, etc., etc., todo lo que hay de más ilustre en la generación que ahora se levanta en el mundo médico de Francia.

A su escuela, Charcot le ha dejado como herencia la pasión por el estudio serio, por los métodos rigurosos y científicos, y el ejemplo de su fuerza enorme de trabajo.

Esa fuerza era asombrosa. Basta recordar que dirigía cuatro publicaciones médicas á un mismo tiempo: los *Archivos de Neurología*, la *Revista de Medicina*, los *Archivos de Patología experimental*, y la *Iconografía de la Salpêtrière*; que preparaba esmeradamente sus lecciones, que forman un grueso volumen anual; trabajaba todos los días en el laboratorio; dirigía las clínicas de la Salpêtrière, asistía una clientela enorme.

A esta producción exorbitante hay que añadir la lectura de las revistas científicas y de las obras nuevas, para poder seguir el rápido desarrollo de la ciencia, rectificar las ideas antiguas y

someter las nuevas á un examen inmediato. Así todo se utiliza, nada se escapa á su ojo vigilante, *his ever watching eye*, como dice Buzzard.

Y todavía, dicen los periódicos de Europa, que ha tenido tiempo para dejar redactadas sus Memorias.

Esa labor inmensa ha sido singularmente fecunda y por todas partes deja hondas huellas en todos los dominios de las ciencias médicas. En sus primeros trabajos hizo la separación definitiva del reumatismo crónico, la gota y el reumatismo articular agudo.

Trazó las líneas fundamentales del estudio de las enfermedades del hígado y echó las bases de la nueva concepción de los procesos tuberculosos.

Pero donde está su gran obra médica es en el estudio de las enfermedades nerviosas. La doctrina de las localizaciones cerebrales es obra suya; el método de investigación que él introdujo ha servido de base á todos los estudios que se han hecho. El estudio de las degenera-

ciones secundarias de la médula y de las localizaciones en el eje espinal, es obra suya. Sus estudios sobre el histérico constituyen la página clínica más notable de este siglo. En ese grupo nosológico en que no se veía más que un caos confuso, en que un número enorme de observadores eminentes no encontraban más que contradicciones y un desorden desesperante, Charcot ha hecho ver que hay, por el contrario, una lógica absoluta dominando fenómenos sujetos á leyes de una regularidad muy acentuada, y que sus grandes accidentes se desenvuelven sobre un fondo común, lleno de rasgos que habían pasado desapercibidos por completo y que ahora nos asombra que no hayan sido apreciados en todo su valor. Podemos decir, dando su más rigurosa y literal acepción á las palabras, que la histeria, enfermedad común, mil veces observada por millares de observadores eminentes, ha sido creada por Charcot, y que él nos ha enseñado todo lo que hay de fundamental en ese estu-

dio. Al lado de la histeria antigua, Charcot ha colocado la histeria traumática, enfermedad frecuente y que no había sido ni siquiera entrevista.

Creó también Charcot la esclerosis en placas, la esclerosis lateral amio-trófica; transformó el estudio de la tabes dorsal, haciendo de esa vieja enfermedad casi una enfermedad nueva. Dió su base anatómica á la parálisis infantil y á la atrofia muscular progresiva.

Al lado de estas grandes creaciones médicas, tendríamos que recorrer un número inmenso de pequeños puntos esclarecidos, de rectificaciones, de rasgos nuevos en la fisonomía de enfermedades ya muy conocidas, de procedimientos de diagnóstico y de métodos curativos, en los cuales se manifestaba singularmente ingenioso y fecundo.



Envuelto en la atmósfera de todo ese pasado de luchador victorioso, con el

prestigio de sus inmensos y fecundos trabajos, rodeado de discípulos formados por él y que figuran entre los maestros de la ciencia médica de Francia, Charcot se eleva á la altura de una de las mas grandes personalidades de este siglo.

«¡Qué silencio! dice uno de sus biógrafos, cuando, impenetrable, autoritario y dominador, el maestro con el perfil de un César romano, la frente desnudada, el ojo brillante con un fuego sombrío, el labio desdenoso, se levantaba y tomaba la palabra en su clínica de la Salpêtrière, que había sabido convertir en el punto de cita de las eminencias médicas del mundo entero, y en que había sabido agrupar una legión de jóvenes sabios de que era inspirador! ¡Qué silencio! cuando su voz se levantaba en la Academia de Medicina ó en el Instituto! En todas partes su opinión ó sus discursos eran esperados como debiendo dar la nota exacta, brillante, sonora, basada sobre los mejores argumentos, rodeada de las

imágenes más vivas y de las comparaciones más felices.

«Su palabra ardiente y con frecuencia vibrante, vigorosamente subrayada con un gesto que le era familiar, hacía autoridad en todos los recintos, en los Congresos sabios lo mismo que en las clínicas extranjeras, que se complacía en visitar.»



Pero, á medida que avanza en su marcha triunfal, el horizonte de su vida se estrecha; aparece el punto oscuro. Charcot, como casi todos los grandes luchadores y hombres de acción, como César, como Voltaire, como Napoleón, como Darwin, como todos los hombres de vida intensa, en quienes la espada gasta la vaina, según la pintoresca expresión de La Bruyère, había sido de una salud vacilante, sin que se manifestara, sin embargo, el sufrimiento especial de ningún órgano. Tenía, pues, derecho

para contar con esa larga vida, que es la compensación de las naturalezas enfermizas, de los pequeños sufrimientos que imponen los hábitos de una higiene severa y en quienes el menor desvío se traduce por un inmediato malestar.

Tenía ya 67 años cuando, sin causas apreciables, sufrió el año pasado un ataque intenso de *angina pectoris*, que después de haber amenazado seriamente su vida durante algunos días, pasó dejando sólo las huellas de una grave advertencia que, por desgracia, ya este año se había borrado completamente de su espíritu, puesto que lo vemos hacer un viaje veraniego á una región montañosa, húmeda y fría. Sólo el olvido de la advertencia del año anterior, puede explicarnos que voluntariamente vaya á colocarse Charcot en las condiciones más desfavorables para los que sufren la enfermedad que él había padecido.

A esas condiciones añadió la fatiga de excursiones en que la alegría y las

distracciones ocultan el cansancio que experimenta el organismo.

El 15 de agosto recorría las márgenes pintorescas del lago de Settons, cerca de Chateau-Chinon. Se despidió alegremente de sus compañeros de excursión, los doctores Debove y Strauss, y escribió una carta llena de buen humor á su familia. Al día siguiente fué encontrado muerto en su cama.

«Mientras llegan detalles, dice el *Lancet*, que es el órgano más autorizado de la medicina inglesa, mientras llegan detalles del triste acontecimiento, que será profundamente deplorado por todo el mundo médico, y reservando para otra ocasión un estudio completo del gran clínico, sólo tenemos que recordar á nuestros lectores los títulos que tiene para ocupar una gran situación en la historia de la medicina. Fué, en primer lugar, un hombre de grandes conocimientos que no se limitaban al campo de su profesión. Eran muy extensos sus conocimientos de la literatura de su

propio país y de las naciones extranjeras. Los que han frecuentado los Congresos Médicos en Inglaterra y el continente, saben la perfección con que poseía los idiomas extranjeros. Era grande como observador clínico y digno de ser colocado á la altura de maestros como Trousseau y Laenec. Era grande también como patólogo, y á este respecto puede decirse que no dejó que el progreso de los años disminuyese su vivo interés y su amor por la ciencia. Pero lo que es en realidad la piedra de toque de un pensamiento original, ningún hombre en la ciencia médica ha inspirado á sus discípulos mayor entusiasmo y respeto. Dan de esto testimonio las grandes audiencias que se reunían en su clínica de la Salpêtrière y los volúmenes de sus inapreciables lecciones que debemos á la consagración de sus discípulos. Nuestros lectores recordarán la precisión científica y el poder verdaderamente maravilloso de pintar con palabras que caracterizan todos sus escritos, desde su primer tra-

bajo sobre la neumonía crónica hasta sus últimos estudios sobre los abstractos problemas psicológicos, de que se ocupó principalmente en los últimos años. El profesor Charcot era un artista al mismo tiempo que un hombre de ciencia, y a él se debe en una parte muy grande la posición que ocupa la neurología en la ciencia actual. Su notable personalidad se echará de menos en el próximo Congreso de Roma.»

• *Santiago, Septiembre de 1893.*

A. ORREGO LUCO

Profesor de clínica de enfermedades mentales y nerviosas, Miembro de la Facultad de Medicina, Delegado universitario en la Escuela de Medicina.

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

18

THE GREAT

WALL

OF THE

WALL